

LA OTRA GUERRA FRÍA: CHINA Y LA URSS

EN los primeros días de julio, China ha mantenido cerrados sus aeropuertos durante dos días. Se ha dado la explicación de que se trataba de una medida de seguridad para evitar posibles contaminaciones de los aviones en vuelo; la prueba de la bomba termonuclear había sucedido dos días antes. Una de las características esenciales de los observadores de la política en los países comunistas —los sinólogos sustituyen ahora con ventaja a los krenólogos— es no aceptar nunca las explicaciones oficiales y descubrir o suponer otras muy distintas. Las que han seguido al cierre de los aeropuertos son principalmente dos: una, que China inició una nueva depuración interior y quería evitar la salida de personajes comprometidos; otra, que hizo un ensayo de protección civil y militar para caso de guerra. Esta última versión puede llegar hasta exageraciones, como las de suponer que China creyó en ese momento que la URSS estaba dispuesta a lanzar un ataque nuclear contra China, y adoptó un plan militar de emergencia.

¿Por qué hubiese podido creer China que la URSS pretendía atacarla? Porque, siempre según estos supuestos expertos, China habría recibido, ya tiempo atrás, una nota secreta soviética advirtiéndole que la URSS no toleraría un nuevo ensayo nuclear chino. El ensayo de la bomba termonuclear era, a su vez, una respuesta al acuerdo acerca de la prevención de guerras nucleares firmado por Brejnev y Nixon. El punto de vista chino acerca de tal acuerdo, no deja lugar a dudas: Chu En-lai acaba de calificarlo de «papel mojado». Chu estaba hablando a un grupo de parlamentarios americanos —cuatro senadores, cuatro representantes— que visitan Pekín, y les dijo esta frase: «La Unión Soviética mantiene un millón de hombres en nuestra frontera, a pesar de que tenemos un tratado de amistad desde hace veintitrés años». Significaba con ello que los tratados de amistad valen muy poco en estos tiempos. Chu En-lai omitió, ciertamente, el relato de los desafíos mutuos y hasta de los sangrientos encuentros fronterizos que han sucedido en los últimos veintitrés años, de los que difícilmente podría achacarse toda la responsabilidad a los soviéticos.

Pero, como hecho cierto, hay que comprender que entre la URSS y China hay un mutuo estado de angustia, que los últimos desarrollos internacionales no acaba de disipar. O que, quizá, por el contrario, tiende a aumentar. Todo el apaciguamiento en las relaciones Este-Oeste es enteramente ajeno a las

relaciones URSS-China. Un comentarista de los Estados Unidos quería dar a su país una imagen concreta de la angustia soviética con respecto a China, imaginando lo que sucedería en los Estados Unidos si su vecino Méjico tuviese ochocientos millones de habitantes, reclamase parte del territorio fronterizo y estuviese realizando ya su quinceava explosión nuclear de ensayo. Aunque los soviéticos, en razón de su historia, sean menos propensos al terror que los norteamericanos, no cabe duda de que la situación tan claramente pintada se refleja en una angustia cotidiana, y, por consecuencia, en una serie de actos de política interior y exterior, y, sin duda, de política militar. Si en esta parte del mundo la guerra fría ha muerto, y se celebra su funeral, no sucede lo mismo en aquella. Es una situación parecida a la de los años cincuenta en Europa. Y no hay que olvidar, en relación con la URSS, que si por una parte

ha entrado en la era de la coexistencia, por la otra tiene un pie en el hielo de la guerra fría.

No ha de ser menor, por consiguiente, la angustia en China, que no sólo tiene en sus fronteras el millón de soldados soviéticos de que hablaba Chu, sino la segunda —y en algunos aspectos, la primera—, potencia nuclear del mundo. Entre las opiniones que circulan estos días, figura la de que algunos militares soviéticos presionan para que se destruya la fuerza nuclear china antes de que sea demasiado tarde. Es decir, una opinión que era frecuente en los Estados Unidos en los momentos en que la URSS comenzaba sus pruebas atómicas, opinión que sustentaron generales tan prestigiosos como McArthur, o políticos tan poderosos en su momento como el senador Joe McCarthy. Felizmente no se llegó a esa situación, y la coexistencia ha venido después por otros medios.

El plan militar que se atribuye a

la Unión Soviética, o a los «duros» de la Unión Soviética —no olvidemos que se trata de conjeturas occidentales— es el de una guerra relámpago con el menor derramamiento de sangre que fuese posible. Una «guerra preventiva». Se supone que China tiene entre 65 y 70 cohetes de cabeza nuclear capaces de llegar profundamente a territorio soviético, y unos 150 bombarderos Tu-16. Se supone también que la URSS conoce el emplazamiento de las rampas de los cohetes, que éstas no están suficientemente protegidas —por falta de medios— y que las armas de la URSS son los suficientemente seguras como para hacer una puntería perfecta en estos blancos, en los aeropuertos donde están los bombarderos y en la fábrica atómica de Lanchow, y el polígono de pruebas de Lop Nor. De esta forma, ahorrando los grandes núcleos de población, China quedaría desnuclearizada rápidamente. Pero, ¿cuá-

Imagen de una época más feliz en las relaciones entre la URSS y China. El letrero dice: «Viva la amistad soviético-china». Escenario es la ciudad fronteriza de Jabarovsk.





Las recientes conversaciones en San Clemente (California) entre Nixon y el enviado chino Huang Chen son tal vez el preludio de una entrevista Nixon-Mao.

JUAN ALDEBARAN

les serían las consecuencias? ¿Se limitarían los Estados Unidos a hacer virulentas condenas verbales del asunto, aunque en el fondo emitiesen suspiros de alivio por ver así un enemigo en potencia eliminado por otro? ¿Hasta qué punto perdería prestigio la URSS, no sólo en Asia y en el tercer mundo, sino en todo el planeta? ¿Cuál sería luego la reacción de los ochocientos millones de chinos? ¿Podría resistir la URSS una guerra convencional con ese inmenso ejército? Todas estas eventualidades hacen considerar como disparatada la aventura atómica. Pero todo depende del grado de angustia de Moscú, de la sensación que puedan crear los «duros» de que cualquier tiempo perdido será una amenaza mortal.

El otro juego posible es el de esperar que pueda haber un entendimiento con China. No hay ninguna razón de pensar que sea más difícil que el conseguido con los Estados Unidos, o el que los mismos Estados Unidos han conseguido con China. No sería una simple emisión de deseos, o un trabajo diplomático, sino incluso una labor secreta para tratar de imponer en el Gobierno chino a hombres favorables al entendimiento con la URSS, que podrían tomar el poder tras la desaparición del anciano Mao. En este sentido se dirigen las principales noticias que indican algunos cambios políticos próximos en China. Se trata de poner en orden una situación que no se ha restablecido del todo después de la revolución cultural, y, sobre todo, después de la traición, fuga y muerte de Lin Piao. El nombre de Lin Piao no ha aparecido desde entonces en la prensa china, las versiones oficiales que se han dado de su desaparición son poco explícitas, y, según se dice, hay ahora un informe de ochenta páginas, redactado por instrucciones concretas de Mao y de Chu, si no por ellos mismos directamente, que sería

una larga explicación. Lin Piao no sería, a la luz de este informe, un izquierdista, un revolucionarista que se hubiese opuesto a las nuevas relaciones internacionales, sobre todo con los Estados Unidos, sino, por el contrario, un «desviacionista de derechas», que, con Liu Chao-chi, habría estado preparando un asalto al poder. El sentido de desviacionista de derechas hay que considerarlo aquí como pro soviético, y con ello se explicaría el que en el momento en que fue descubierto quisiera huir precisamente a la Unión Soviética en el avión en que encontró la muerte, aún no se sabe si por accidente o derribado por la defensa o la aviación china.

La nueva depuración tendría como clave la consigna que se está dando en estos momentos: «un agua demasiado pura no puede tener peces, un maestro demasiado severo no tiene discípulos». Lo citado Mao —es un poema antiguo— y se repite con insistencia. El significado es el de que pueden volver a figurar elementos que habían sido depurados por la revolución cultural que protagonizó Lin Piao. Es decir, sería una depuración al revés, una recuperación. La palabra rehabilitación parece excesiva, si se tiene en cuenta el espíritu del poema-consigna: los recuperados no añaden nada a la pureza del agua, sino al contrario, y se benefician de la indulgencia del maestro. Aparecerían como arrepentidos de sus antiguos errores. Pero quizá ello significaría la exclusión de otros que fueron excesivamente activos en la preparación de la revolución cultural. Según la Agencia France Presse, que está en el origen de muchas de estas informaciones acerca de China, Liu Chao-chi, que cayó en desgracia cuando era presidente de la República, y Peng Chen, que era Alcalde de Pekín, no se beneficiarían de esa indulgencia. Siguen siendo víctimas de ataques.

La operación terminaría con dos

Congresos: el nacional del pueblo y el del partido, hacia 1974. Se estudiarían y decidirían en ellos problemas militares, económicos, de construcción nacional. Y se designaría un nuevo heredero de Mao, ya que desde la traición de Lin Piao, que había sido designado por el partido, no se ha hecho explícito quién será el delfín de China. El puesto lo está ocupando ahora Chu En-lai, trabajando en absoluta unión con Mao, pero se piensa que su edad es ya muy avanzada también y que se buscará un sucesor más joven.

Si en este programa que parece trazado y que ha de tardar aproximadamente año y medio en ponerse en vigor, aunque se está esperando para los próximos días algunos movimientos iniciales —la publicación del expediente de Lin Piao y la recuperación de algunos nombres «malditos»— se trata de buscar una nueva coexistencia con la URSS o, por el contrario, de eliminar a los políticos que podrían aparecer como prosoviéticos, es algo que se ignora. Los observadores occidentales en Moscú parecen creer que la línea dominante de la política soviética actual, la línea Brejnev, es la de creer que no sólo en este movimiento, sino en el del futuro, está inscrita inevitablemente la coexistencia con la URSS, a pesar de que Gromyko y algún otro miembro de la delegación soviética en Helsinki ha advertido a los periodistas que, «desgraciadamente, las relaciones con China son poco satisfactorias».

En la otra parte del triángulo, en la de Estados Unidos, parece que el desarrollo de la coexistencia con China se profundiza más y más. La recepción que Nixon ha tributado en su casa de San Clemente al enviado especial de Pekín, Huang Chen, ha sobrepasado todo el protocolo diplomático y ha tenido un pequeño incidente cuando el chino se ha negado a incluir en el programa una cena que le ofrecía Kis-

singer en un restaurante de Los Angeles, como algunas de las estrellas del cine de Hollywood: Huang ha considerado que esto daría un aspecto de frivolidad a un viaje que es perfectamente serio. El incidente, lejos de considerarse como ofensivo, ha sido enormemente admirado por los anfitriones y por la prensa: prueba de que el deseo de que el viaje acabe bien es superior a todo. Nixon no solamente pretende adquirir un nuevo éxito de política exterior —como el del viaje de Brejnev y la firma del conjunto de acuerdos— en un momento en que su persona y su política están en entredicho por el caso Watergate, sino realmente profundizar en la amistad con China. Pretende dar seguridades a sus nuevos amigos de que el acuerdo nuclear con la URSS no es ofensivo para China; pero pretende también buscar la posibilidad de que los chinos hagan alguna presión sobre Sihanuk y los camboyanos para conseguir un tipo de acuerdos parecidos a los del Vietnam. China intenta nuevos acuerdos comerciales y financieros, y prácticamente exige que en los intercambios comerciales se le aplique la cláusula de nación más favorecida, como se aplica en el comercio de la URSS con Estados Unidos; es decir, una reducción considerable de los derechos arancelarios que hasta ahora gravan las importaciones de artículos chinos en Estados Unidos.

Estas conversaciones son un preparativo de la visita que Kissinger hará a Pekín dentro de este mismo mes, y quizá de una entrevista entre Nixon y Mao; probablemente, dada la casi imposibilidad de Mao de salir de China —no sólo por su edad, sino también por tradición— con un viaje de Chu En-lai a Washington, a principios de 1974. Parece que China, por su parte, intenta reducir un poco el alcance de esta entrevista, y al mismo tiempo adelantarla: Chu En-lai iría a Nueva York en septiembre para asistir a la Asamblea General de las Naciones Unidas y «aprovecharía» el viaje para hacer una visita de cortesía —que, naturalmente, sería mucho más— al Presidente Nixon.

Parece, en general, que, pese a los sombríos pronósticos de krenlinólogos y sinólogos —que siempre, desde la segunda guerra mundial hasta nuestros días, se han caracterizado por el catastrofismo que luego no ha sucedido— puede sospecharse un futuro de coexistencia entre la URSS y China, un final de la guerra fría que probablemente podría ver en el futuro una reunión de pueblos asiáticos, cuando el contencioso indochino se haya levantado totalmente, y la realidad de la «política tripolar» entre Estados Unidos, China y la URSS, que está empezando a establecerse. Nadie está dispuesto en estos momentos a emplear las bombas nucleares, y la atribución a la URSS de lanzar una guerra preventiva contra China no tiene verdadero sentido. ■